

Sobre la hierba se postró de hinojos,
Y volvió al cielo los llorosos ojos
Y pensó en Dios por la primera vez.

ÁLVARO.

— Dime que vive aún, y que recuerda
A este infeliz... ¡Mi madre! ¡Mi María!
Por ahorrarle una lágrima yo haría
Cuanto exigiese en su viudez de mí.
Fué de Gaspar la heroica compañera,
Y yo en el campo, del cañón al trueno,
Al desprenderme del materno seno,
Miré la luz y el atambor oí.

Ella por mí velaba; ella en sus brazos
Mi zozobrada infancia protegía
Del sol abrasador, del aura fría,
Del hambre, del cansancio, de la sed.
Y ayudábame tierna, ora arrojando
La bola grave sobre el verde prado,
Ó ya tendiendo al colorín pintado
Entre las ramas la encubierta red.

GONZALO.

— Ahora reconozco, amado hermano,
Al hijo de Gaspar y de María;
Sábelo, pues : la anciana en su agonía
Al mar se entrega, y se dirige aquí.

Ya la llama el sepulcro... ¡Oh! ¡no dejemos
De recibir su bendición postrera!
¿Querrás, Alvar, que consolada muera?
Dime, ¿querrás que le bendiga?

ÁLVARO.

— ¡Sí!

CUADRO DÉCIMO CUARTO

EL ESPECTRO.

Es lóbrega la noche : nublo oscuro
De lluvias y relámpagos preñado¹
Parece haber el mundo sepultado
En abismo de espanto y soledad.
De mi bridón el cuello generoso
Percibo solamente, y el chillido
Por buho misterioso despedido
Al lanzarse en la triste oscuridad.

Los árboles, las piedras y las nubes
Cual temibles fantasmas se presentan,

¹ Repetición literal, con las variantes que exigía la diferencia del metro, del principio del poemita «Casimiro el Montañés.»
(El Editor.)

Y sus formas grotescas me amedrentan,
 Y temo al sitio no llegar jamás.
 Ya sujeto al corcel y ya le animo,
 Y lo tengo otra vez, porque me espanta
 En tierra al asentar la recia planta,
 Y vuelvo á ver si alguno viene atrás.

¿Esto senda será, camino aquello?
 Á cada parte el alazán dirijo,
 Y en ninguna persisto ni me fijo,
 Y no sé á dónde ni por dónde voy.
 Incierto vago por la gran llanura
 Que del Quindío cierra la montaña
 Y manso el Cauca con sus aguas baña,
 Pero no sé ni en qué paraje estoy.

La rápida y escasa luz del rayo
 Sólo me muestra el agua cristalina
 Que inunda la llanura y la domina
 Y borra los caminos por doquier.
 ¡Y estoy yo solo! ¡Y nadie se presenta!
 Vano el clamor, y vano el alarido;
 Que al que en tal confusión se halla perdido
 ¡Sólo el ojo de Dios le puede ver!

Cánsome al fin : del duro peso alivio
 Á mi alazán, mi amigo y compañero;
 Siéntome sobre un tronco, y aquí espero
 Con ansia el sol que ha poco me hostigó;
 Y en mis propias memorias embebido,
 Entre las mil imágenes del sueño

De golpe vi la imagen de mi dueño,
 Y extendí el brazo, y el fantasma huyó.

Llorando desperté; pero abrumada
 El alma por contrarios pensamientos,
 Para velar faltaron los alientos,
 Y volvíme en el sueño á sepultar.
 Entonces mil espectros se cruzaron
 Ante mi vista, y uno de ellos era
 Mayor que todos, y su faz más fiera,
 Y ése en mi mal se pareció gozar.

Y se llegó do mi alazán estaba,
 Y mirólo primero, y con la mano
 Cerrada dióle un golpe á mi alazano,
 Y derrumbó del golpe á mi corcel.
 El infeliz á mí volvió los ojos
 Cual para suplicar que le ayudara;
 Mas yo, como si alguno me amarrara,
 Sólo con gritos le ayudaba á él.

Y cuando ya angustiado le veía
 Entre las duras ansias de la muerte,
 Vi una mujer dolida de mi suerte
 Llegar, y darle alivio á mi alazán.
 Idolatréla, y en su rostro bello
 El rostro conocí de mi adorada,
 Y largo rato túvela abrazada,
 De noble gratitud lleno y de afán.

Entre su dulce seno, confundido
 Mucho tiempo me estuve sollozando

Esas formas amadas contemplando
 Que fueron ya mi dicha y mi placer.
 Su mano angelical me agasajaba,
 Y por dolor mis lágrimas vertidas
 En los hermosos labios recogidas
 Fueron de aquella celestial mujer.

No fué, empero, durable mi consuelo;
 Que de repente escucho un alarido,
 Y veo entre mi seno sumergido
 De mi adorada el rostro angelical :
 Entreabierta la boca, las miradas
 Fijas, dados al viento los cabellos,
 Estúpidos están sus ojos bellos
 Y ella cubierta de un sudor mortal.

Vuelvo á mirar la causa de mi espanto,
 La descubro, y aférrome á mi amada,
 Sin atreverme á echar otra mirada;
 ¡ Tanto me asusto y sobrecojo yo!
 Así permanecemos largo espacio,
 Ella asida de mí, yo asido de ella,
 Hasta que de valor una centella
 El cielo en mí, de lástima, infundió.

Entonces pude hablar. Mi pensamiento
 Siempre en mi dulce protectora fijo,
 Más que por mí, por ella, me dirijo
 Al gran fantasma con incierta voz.
 Tiene el pecho de heridas lacerado,
 De todas las heridas sangre vierte;

De la triste mujer temo la muerte
 Cuando á ella torna su mirar feroz.

« ¡Espectro horrible! ¡horrible! ¿Quién te envía?
 Si te ofendí, ¡perdón!... ¡Ah! no, ¡detente!
 Hierde al culpado, y deja á la inocente;
 Hiéreme á mí que solo te ofendí.
 Hiéreme á mí, que idolatrarla supe,
 Á mí, que su virtud he profanado...
 Ella, ¡por Dios! en nada te ha faltado...
 ¡ Descarga tu venganza sobre mí! »

Él por respuesta ordéname seguirle,
 Y tras sí deja emponzoñada huella
 De sangre, que las plantas me desuella,
 Me despedaza, y llena de dolor.
 Pero el crüel en mi dolor se goza,
 Y me hace otra señal, yo le obedezco,
 Hasta que al fin me rindo y desfallezco
 Abrumado de angustia y de terror.

Ni pude hablarle; que mi pecho ronco
 Rehúsa la expresión al pensamiento,
 Y en vano quise huir de mi tormento
 El ojo temeroso con cerrar.
 Delante tengo el colosal fantasma,
 En vano vuelvo la cabeza, en vano,
 Y los ojos me cubro con la mano;
 No, su imagen no puedo desechar.

Todo es hora silencio : el viento calla,
 Y yo no oigo en el mundo otro ruido

Que el fuerte palpar no interrumpido
De mi pobre afligido corazón.
Riese el crudo espectro de mi pena,
Y el eco de su horrible carcajada
Retumbar hace en torno la llanada
Cual hórrido estallido de cañón.

Y las dos manos, al reirse, cierra,
De rabia inmensa todo poseído,
Y en el lívido labio enfurecido
El diente agudo clava con furor.
Hiérole el labio el afilado diente,
Y de sangre cuajada gruesa gota
Gélida y negra de la herida brota,
Y él no hace ni un gesto de dolor.

Luego agarrando á la infeliz señora,
Arrástrala al lugar en que he caído
Y mándame sentar, y un alarido
Despide en su iracundo frenesí.
Y mírame el espectro de hito en hito,
Y arranca sus cabellos desgredados,
Y con los duros brazos descarnados
Empuja la mujer cerca de mí.

Y luego en calma así prorrumpo :

— ¡Vamos!

Siéntate... allí... y abrázale... te quiere...
Ve, ¡pobrecita!... Sí, por ti se muere...
Quiérela bien, y bésale, mujer.
¡Cuán dulce es el amor! También yo he amado...
¿No? ¿no habré amado yo? ¿qué te parece?

Mírame bien... ¿Tu labio así enmudece?
Y con mi amor ¿qué tienes tú que hacer?

Dime, ¿no será dulce ser amado
Cuando uno ama? Y di, mujer infame,
¿Habrá jamás quien como yo te ame?
¿Habrá jamás quien sufra como yo?
Yo á ti te idolatré; yo trabajaba
Por hacerte feliz... Y tú ¿qué has hecho?
¡ Sembrar el crimen en mi noble pecho
Que Dios piadoso á la virtud formó!

Eras todo mi bien sobre la tierra;
Yo era feliz, el mundo me quería,
El Eterno en mi amor se complacía,
En el amor que á ti te profesé.
¡Yo era feliz! ¿También tú no lo fuiste?
¿No bendecía el cielo tus caricias?
¿Y tus hijitos, que eran mis delicias,
Di, no bastaron á afianzar tu fe?

— ¡Piedad, señor, piedad! Recuerda al menos
Que la vida de un padre... Yo le amaba...
Esposa me quisiste, fui tu esclava;
Tu sierva fui, pero tu amante ¡no!
¿Querías más? ¿Que el corazón te diera,
Cuando otro ya mi corazón tenía?
¡Oh! ¿y un tirano pretender podía
El solo bien que el cielo me legó?

Por tiempo asaz en calabozo estrecho,
Blanco de tu odio y tu feroz venganza,

Mi anciano padre, mi última esperanza,
Al fin salió, pero salió á llorar.
Porque con sus angustias angustiada,
Mi madre en lecho de dolor yacía...
Tal vez el cielo en su piedad quería
Verla en sus tiernos brazos expirar.

Así entre el lloro del anciano esposo
Y el lloro amargo de su sola hija,
Mi madre, su alma en el Eterno fija,
Entre los brazos muere de los dos.
Duraba aún la luctuosa escena,
Cuando llegaste al chozo desolado
Donde el arcángel de la muerte airado
Ministro inexorable era de Dios.

Lleno de orgullo y de poder te muestras;
Burlas, señor, mi pena y mi amargura;
Me hablas, yo no respondo; y aun tu impura
Lengua tenaz me insulta en mi dolor.
Aquél santo dolor que me agobiaba
También te ofende: en orfandad gemía,
Y porque á mi orfandad sólo atendía
Te estremeces horrendo en tu furor.

Y á un anciano amenazas: á ese débil,
Á ese infeliz, desventurado anciano,
Que hace temblar la vista del tirano,
Que no puede á su furia resistir.
Y él, que á su esposa en su desgracia llora,
Me lleva amedrentado al aposento

En que mi madre el postrimer aliento
Á su Dios acababa de rendir.

Y allí, y ante la imagen prosternado
Cuya planta al morir besó mi madre,
Cógela, y dice: « ¡Oh hija, salva al padre!
Y que de Éste el poder te salve á ti ».
Y besó humildemente el Crucifijo,
Y contra el pecho lo estrechó el anciano,
Y con su mano trémula mi mano
Tomó, y helada y yerta la sentí.

Enjugué yo su llanto, y de rodillas
Ante él y ante la imagen que invocaba,
Yo por salvarle me juré tu esclava,
Y fui tu esclava, mas tu amante ¡no!
Éste me amaba entonces, y yo le amaba,
Pero no le hablé más desde ese día,
No; que si algo mi llanto le decía,
Mi labio siempre en su dolor calló.

Yo te juré de Dios ante las aras
Tu esclava ser, y firme lo he cumplido:
Testigo Dios de que tu esclava he sido;
Testigo Dios de que tu esclava soy.
¡Piedad, señor, del infeliz que llora!
Él nada pudo hacer... que... te ofendiera.
Culpable fuera yo, si culpa hubiera;
¡Pura me encuentras, inocente estoy!

— ¡Pura! ¡inocente! ¡La mujer que impía
Enfureció al esposo!... ¡Y está pura!

¡Maldecida mujer cuya hermosura
Inquietudes sembró en mi corazón!
¡Y cuánta iniquidad! Mis hijos eran
Y tus hijos también; y tú, señora,
Amaste á otro, y á otro amas ahora,
Y á mí no me otorgaste ni el perdón.

Sí, porque tú le preferiste á ellos :
Eran hijos tan sólo, y yo era esposo;
Nuestra felicidad, nuestro reposo,
Con tal de amarle, poco te importó.
Y tuviste razón; ¡es tan gallardo!
Y ellos eran mis hijos, mi consuelo,
Y me los daba la piedad del cielo,
¡Y con razón su madre los odió!

Mas pregúntame ahora qué se han hecho :
Yo los llevé allá arriba á las montañas;
Que eran fruto pensé de tus entrañas
Y los aborreció mi corazón.
En vano en sus caricias inocentes
Me quise complacer : todo era en vano;
Que el pensamiento crudo é inhumano
Al verlos, inflamaba mi pasión.

Y tú tienes la culpa. Si no hubiera
Yo de tu fe dudado, aquí estarían.
Pero ¡ay! que mientras ellos me reían
Parecíanme fruto de otro amor.
Y sucedió una tarde que, llevando
En brazos al menor de mis hijitos,

Los otros dos me echaron los bracitos
Como sobrecogidos de temor.

Volviendo á ver noté que una serpiente
Iba jugueteando por el prado,
Y entonces el mayor todo asustado,
« ¡Ay! » gritaba : « ¡defiéndeme, papá! »
Y yo no le atendí, y él se echó encima
De la serpiente, y la cogió en la mano;
Hincóle el diente el animal tirano,
Y él ya sólo gritó : « ¡Mamá, mamá! »

Y tú, dura mujer, tú no escuchabas
Los clamores que un hijo despedía;
Y la que él invocaba yo sabía
Que se gozaba en verme padecer.
Sin poder dar alivio al inocente
Le hice comer las hierbas que encontraba,
Y él á la madre siempre preguntaba,
¡Y amaba á otro la infernal mujer!

Mi pobre hijo murió. Yo enfurecido
Ya no vi, no sentí, no me movía,
Como una piedra en mi aflicción me hundía,
Sin gemir, sin llorar, sin respirar.
¡Ay! al tornar en mí vilos á todos
Muertos, fétidos ya, despedazados
Sus miembros por el suelo dispersados,
Y su sangre en las rocas relumbrar.

Me estremecí : la vista oscurecida
Á cubrir fui con mano acelerada,

Y al retirarla la noté manchada,
 Sucia de sangre ¡oh Dios! mi mano vi.
 Y mis ojos del miedo se cerraron,
 De ellos huyó la sanguinaria mano,
 ¡Y de mis hijos el verdugo insano
 En mí mismo, mujer, reconocí!

Yo mismo los maté; yo fui, yo propio,
 De mi stirpe inocente el asesino,
 Y aun al dolor la altiva frente inclino,
 Aun venzo y sobrevivo á mi aflicción.
 Yo los así en un rapto de locura,
 Yo los despedacé contra las peñas...
 Y ya, mujer, no quedan ni las señas
 De nuestra siempre maldecida unión.

¡Yo los maté, yo!... ¡Carlos! ¡Sinforoso!
 ¡Pepe, hijo del alma idolatrado!
 ¡Pepe mío, infelice cuanto amado,
 La vida te robó tu genitor!
 ¡Pepe querido! Sinforoso! Carlos!
 Carlos mordido fué de la serpiente,
 Y á Sinforoso tierno é inocente
 Muerte le dió mi mano... ¡Horror! ¡horror!

Y murieron los tres... Yo no los hallo...
 ¿Vivirán? ¡Oh Dios mío! ¿qué se han hecho?
 ¿En dónde están los hijos de mi pecho?
 Tan amados... tan lindos... ¿Dónde están?
 ¡Mujer! ¡mi bien! ¡señora!... No responde.
 ¡Mira! ¡responde!... Ya también se ha muerto.

¡Alza! ¡despierta!... Está el cadáver yerto.
 ¡Oh, si hasta mis palabras matarán!

— La mató tu venganza abominada.
 Mira, mírala allí; que allí está ella :
 La madre de tus hijos es aquélla
 Que exánime por ti delante ves. —
 Dije, y no pude más, porque tremendo
 Descarga sobre mí la dura mano;
 Pero salta bríoso mi alazano,
 Y, el golpe al recibir, muere á mis pies.

Quiso Dios que yo entonces despertase
 Y que el velo fatal se rasgue ahora :
 ¡Ay infeliz del que á mujer adora
 Que á otro el Eterno en sus decretos dió!
 ¡Ay infeliz del que á piedad movido
 Llama de amor antiguo resucita!
 ¡Ay infeliz del pecho que palpita
 Por un bien que la suerte le robó!

FIN

ÍNDICE

	Págs.
NOTICIA BIOGRÁFICA	I

POESÍAS VARIAS

El Viernes Santo	3
Te quiero	7
Después de siete años.	11
Me ausento	13
Á Beatriz	19
¡Me voy!	22
Á la señorita Dolores Argáez después de un Baile. . .	28
Á las Heroínas de Bogotá.	31
Vanitas Vanitatum et omnia Vanitas.	33
Casimiro el Montañés	37

POESÍAS ESCRITAS EN ÁLBUMES

Nunca te hablé	47
Entre Flores.	49
Serenata	52
El Edén del corazón.	55
En el álbum de la señorita María Josefa Argáez. . . .	59
Al partir	61
En el álbum de la señora Ana Orrantía de Francisco. .	62

POESÍAS POLÍTICAS

	Págs.
Escenas Democráticas	65
Estoy en la cárcel.	84
Al Congreso Granadino	101

GONZALO DE OYÓN

Introducción	109
Preludio	133
Cuadro I. — Pubenza	136
II. — La Nueva Patria	149
III. — El Traidor	158
IV. — El Pirata	164
V. — El Mapa	173
VI. — El Juramento	185
VII. — El Ermitaño	194
VIII. — La Carta	203
IX. — El Caballo	211
X. — La Visión	220
XI. — La Oración	249
XII. — Espada á espada	259
XIII. — La Disputa	271
XIV. — El Espectro	307

Jose G. Ramirez

PARÍS. — TIP. DE GARNIER HERMANOS.

